

Los capitanes generales y la guerra

Solamente en los 10 años de la primera contienda independentista, el Gobierno colonial de la Isla cambió 14 veces de titular

Por **RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS***



El Palacio de los Capitanes Generales, sede del Gobierno colonial, tal como se conserva hoy.

EN la larga data de dominación española en Cuba, el siglo XIX fue, por muchas razones, el más intensamente vivido por quienes tuvieron sobre sus hombros la responsabilidad de velar, como capitanes generales, por los intereses de la corona en la Isla.

Para tan importante puesto, España designó a reputados y distinguidos militares, de gran influencia y protagonismo en la vida política y económica de la península. Entre los años

1800 y el 10 de octubre de 1868, fecha en que comienza la Guerra de Independencia de Cuba, 26 generales fungieron como gobernadores. A partir de entonces, y hasta el 31 de diciembre de 1898, en que se produjo la evacuación de las tropas españolas, lo desempeñaron 39. Tal cifra nos brinda una clara idea de la dinámica política vivida en Cuba en las últimas tres décadas del siglo XIX, tras decidir los cubanos independizarse de la metrópoli.

Aquellos años fueron para la Isla el vivo reflejo de la tensa situación de una España sumergida en revoluciones, monarquías “democráticas” en sustitución de monarquías absolutistas, repúblicas efímeras, golpes de Estado, pronunciamientos militares, guerras civiles, cantonales y coloniales, lucha contra el anarquismo, y profunda crisis económica, política y social. Durante el tiempo transcurrido en la Guerra de los Diez Años (1868-1878), por ejemplo, Madrid tuvo dos gobiernos

militares, dos monárquicos y cuatro republicanos. Semejante inestabilidad político-militar necesariamente tenía que reflejarse en el desempeño de la Capitanía General de Cuba y en la carrera militar de los jefes de su Ejército, quienes respondían a una u otra corriente política o grupo de poder.

Cada cambio de Gobierno en la metrópoli implicaba, casi de inmediato, el remplazo del gobernador en la Isla. Este traía consigo sus hombres de confianza y una vez en su destino, comenzaban los nuevos nombramientos y la sustitución de los jefes anteriormente establecidos. Hubo militares que, en varias oportunidades durante la Guerra Grande, fueron y vinieron de la península por esta causa. La falta de continuidad en el mando militar; constituyó uno de los mayores escollos para el Ejército español a lo largo de las hostilidades.

España envió a Cuba durante la contienda del 68, al menos, 151 generales, de ellos: tres capitanes generales de ejército, siete tenientes generales, 36 mariscales de campo, 91 brigadieres y 14 generales de marina. El Gobierno colonial de la Isla cambió 14 veces de titular; el de la capital (Segundo Cabo), en 22 oportunidades; y la jefatura del Estado Mayor, no menos de 21. Este mal se trasladaba a todos los niveles jerárquicos de la cadena de mando. En los partes del Boletín Oficial de la Capitanía General de la Isla de Cuba se observa el constante ir y venir de jefes y oficiales por diferentes departamentos militares, tropas, comisiones, etcétera.

Si bien el mantenimiento del control y dominio de la situación político-militar de la Isla constituía un objetivo importante, mientras duró la última de las guerras carlistas, todos los intereses del Ejército se subordinaron a garantizar el logro de la paz en la península. Ello explica en gran medida el traslado de jefes, oficiales, y fuerzas —estas en menor cuantía— hacia España, con el fin de fortalecer el mando y las tropas en la campaña contra el carlismo. Los jefes más destacados, los más capaces y mejor fogueados en el laboratorio-escuela que constituyó la conflagración de Cuba, eran sacados de ella y enviados a servir en la península.

Otro elemento que influyó negativamente en la continuidad y estabilidad del mando español fue la situación sanitaria de la isla colonia y los cons-

tantes brotes de enfermedades tropicales, que muchas veces obligaban al relevo o sustitución definitiva o temporal, de los jefes y oficiales.

Por otro lado, cada Capitán General trazaba a su llegada, su propio plan estratégico, con el que pensaba aquietar la Isla y alzarse con el título de pacificador. En su casi totalidad, los nuevos gobernadores desechaban las ideas, los métodos y las medidas aplicadas por sus predecesores, por lo que sus estrategias solían significar también una nueva estructura y organización militar del país.

Desde el comienzo mismo de la guerra, los capitanes generales tuvieron que enfrentar un enemigo interno que los obligaba a distraer parte de su atención de la contienda. El cuerpo de voluntarios, el adversario más recalcitrante de la Revolución Cubana, fue a la vez el catalizador por excelencia de la estabilidad del poder en la Isla, pues por las presiones que ejercieron, muchos se vieron obligados a renunciar a sus mandatos, entre otros factores.

Al analizar la conducción de las acciones por el mando militar español durante la Guerra de los Diez Años, vale destacar que este se caracterizó, en sentido general, por la participación directa de los propios capitanes generales en las operaciones. Buena parte del generalato español obtuvo sus ascensos por méritos en los combates y las maniobras efectuadas contra el Ejército Libertador. Los jefes peninsulares, por regla general, salían con sus fuerzas y enfrentaban al adversario. Los más osados se lanzaban personalmente al combate, a riesgo de sus propias vidas.

La llegada del general Arsenio Martínez Campos a Cuba, marcó el viraje de la guerra. Esto, unido al desarrollo de nuevas concepciones estratégicas y tácticas por parte de la jefatura militar ibérica, el arribo de grandes refuerzos de tropas y armamentos, y, fundamentalmente, la desunión de los insurrectos, propició al Ejército colonial la victoria sobre las armas cubanas.

Después del Zanjón

Tras el breve período de Martínez Campos al frente de la Isla y dos meses de interinato del general Cayetano Figuerola, asumió la Capitanía General Ramón Blanco, quien tuvo que enfrentar una nueva contienda: la llamada

Guerra Chiquita, entre 1879 y 1880, en la cual desplegó una intensa campaña de espionaje y propaganda, haciendo ver que se trataba de una conflagración de razas. Esto causó mella en la opinión pública y en la unidad de los revolucionarios, provocando el fracaso de la insurrección. El país vivió a partir de entonces un largo período de aparente calma, que los historiadores designarían como tregua fecunda o reposo turbulento, pues en los campos permanecieron levantados en armas solitarios excombatientes, satanizados por la propaganda como “bandidos”.

A Blanco lo sustituyó, el 28 de noviembre de 1881, Luis Prendergast, cuyo mandato se hizo difícil por la polarización de la sociedad y la presión política de los círculos de poder económico en la Isla. El mariscal de campo Tomás Reyna y Reyna, con su conducta vertical, impuso durante algo más de un mes una administración recta, contraria a la corrupción y al compadrazgo político. Ello provocó una avalancha de críticas por la prensa conservadora. Su sucesor, el teniente general Ignacio María del Castillo, continuó su línea de rectitud política y administrativa. Tras él, entre noviembre de 1884 y febrero de 1890, hubo seis capitanes generales. Durante este período, proliferó el bandidaje en los campos de Cuba.

El 24 de agosto de 1890 tomó el mando el general Camilo García Polavieja, quien desplegó a lo largo del Caribe una extensa red de agentes para que lo mantuvieran informado del quehacer de Antonio Maceo y Máximo Gómez. Fue, sin duda, quien mayor empleo hizo del espionaje en esta época, en función de evitar una nueva guerra. Gobernó con mano dura, sobre todo contra el bandolerismo.

Nuevamente la tranquilidad se interrumpió, esta vez para el capitán general Alejandro Rodríguez Arias, cuando el 24 abril de 1893 los hermanos Manuel y Ricardo Sartorio, se levantaron en armas, por 11 días, en el poblado de Purnio, de la jurisdicción de Holguín.

En 1895

A pesar de los indicios que la actividad de José Martí y el Partido Revolucionario Cubano había desplegado en Estados Unidos, el levantamiento armado del 24 de febrero de 1895 sorprendió al capitán general Emilio Callejas, quien por segunda vez ocupaba la titularidad



Para sofocar en 1895 la insurrección, pensó España en Arsenio Martínez Campos.



La cruenta campaña desplegada por Weyler entre 1896 y 1897 no logró pacificar al país.



Ramón Blanco apostó en 1898 por estimular el autonomismo y fomentar estrategias de paz.

del mando (lo había ejercido del 30 de marzo de 1886 al 5 de julio de 1887). Sobre él pesaron acusaciones de liberal poco resolutivo y débil con quienes profesaban ideas independentistas. Para sofocar la naciente insurrección, pensó España en el vencedor de la pasada contienda, Martínez Campos. El restaurador había unido a sus lauros militares la pacificación, en 1893, del enclave de Melilla. Ocupaba el puesto de capitán general en Madrid, cuando le propusieron el nuevo destino.

Previa escala en Puerto Rico, a donde arribó el 13 de abril a bordo del vapor *María Cristina*, llegó a Caimanera, Guantánamo, tres días después, y de inmediato se hizo cargo de sus obligaciones. De Guantánamo pasó a Santiago de Cuba, donde ultimó detalles sobre la organización de las fuerzas que de inmediato debía lanzar a combatir la insurrección.

Contra la voluntad del Gobierno y los partidos políticos españoles que pedían la represión drástica del movimiento revolucionario, decidió conducir la guerra bajo sus conocidos conceptos morales. Las posiciones asumidas por Martínez Campos hacia los cubanos llevaron a rumorar acerca de supuestas simpatías hacia los revolucionarios. Fracasada su estrategia, renuncia; el 20 de enero zarpa de regreso a la península en el vapor correo *Alfonso XII*, acompañado por sus

tres hijos que lo habían seguido en la campaña cubana.

Valeriano Weyler, reputado en el Ejército español como uno de los más recios y batalladores de sus generales, arribó a La Habana en febrero de 1896. El solo anuncio de su presencia y sus declaraciones acerca de hacer la guerra con la guerra, unido a los antecedentes de su actuar en la Isla durante el 68, estimuló la emigración de muchos cubanos. Dotado de un sustancioso refuerzo en hombres y recursos, emprendió una intensa campaña militar basada en el establecimiento de trochas militares, la dislocación en el terreno de poderosas columnas de operaciones, y la aplicación de una nefasta y cuestionada política de reconcentración de la población civil en poblados y ciudades.

Miles fueron las bajas cubanas, en especial civiles, a causa del hambre, la desnutrición y las enfermedades, y miles también las de soldados españoles víctimas de las epidemias. Weyler llevó la contienda a los extremos. Como militar, su temeridad y acometividad no fue cuestionada por los principales jefes insurrectos. Si lo fue, sin embargo, la política de guerra aplicada, muy similar a la llevada a cabo por el Conde de Valmaseda entre 1868 y 1869.

Desde el punto de vista bélico, si bien en los momentos iniciales el plan desplegado por Weyler tuvo algunos

frutos, no logró pacificar el país. Los mambises cambiaron su táctica de combate y encontraron, en el accionar guerrillero, una nueva forma para enfrentar a las columnas enemigas.

Fracasado el plan de Weyler, España nombró como gobernador, por segunda ocasión al hombre que había conseguido poner fin a la Guerra Chiquita. Ramón Blanco apostó por estimular el autonomismo y fomentar estrategias de paz y atracción de los jefes cubanos. Logró captarse algunos. Los insurrectos ocupaban cada día más territorios en campos y montañas, y sus contrarios se concentraban en resguardar las plazas y mover sus poderosas pero ineficientes columnas de las tres armas.

Con un valor quijotesco, los soldados y jefes españoles defendieron a ultranza, ante la intervención yanqui, los restos de lo que fuera su antigua joya de la corona, la siempre fiel Cuba. Sin embargo, perdió la guerra. En noviembre de 1898, Blanco regresó a la península, y ocupó la capitán general, en condición de interino, el general Adolfo Jiménez Castellanos, quien asumió también como presidente de la Comisión de evacuación. Tuvo el triste privilegio, el 1º de enero de 1899, de arriar la bandera que durante casi cuatro siglos gobernó la Isla. ●

* Coronel (r). Presidente del Instituto de Historia de Cuba.